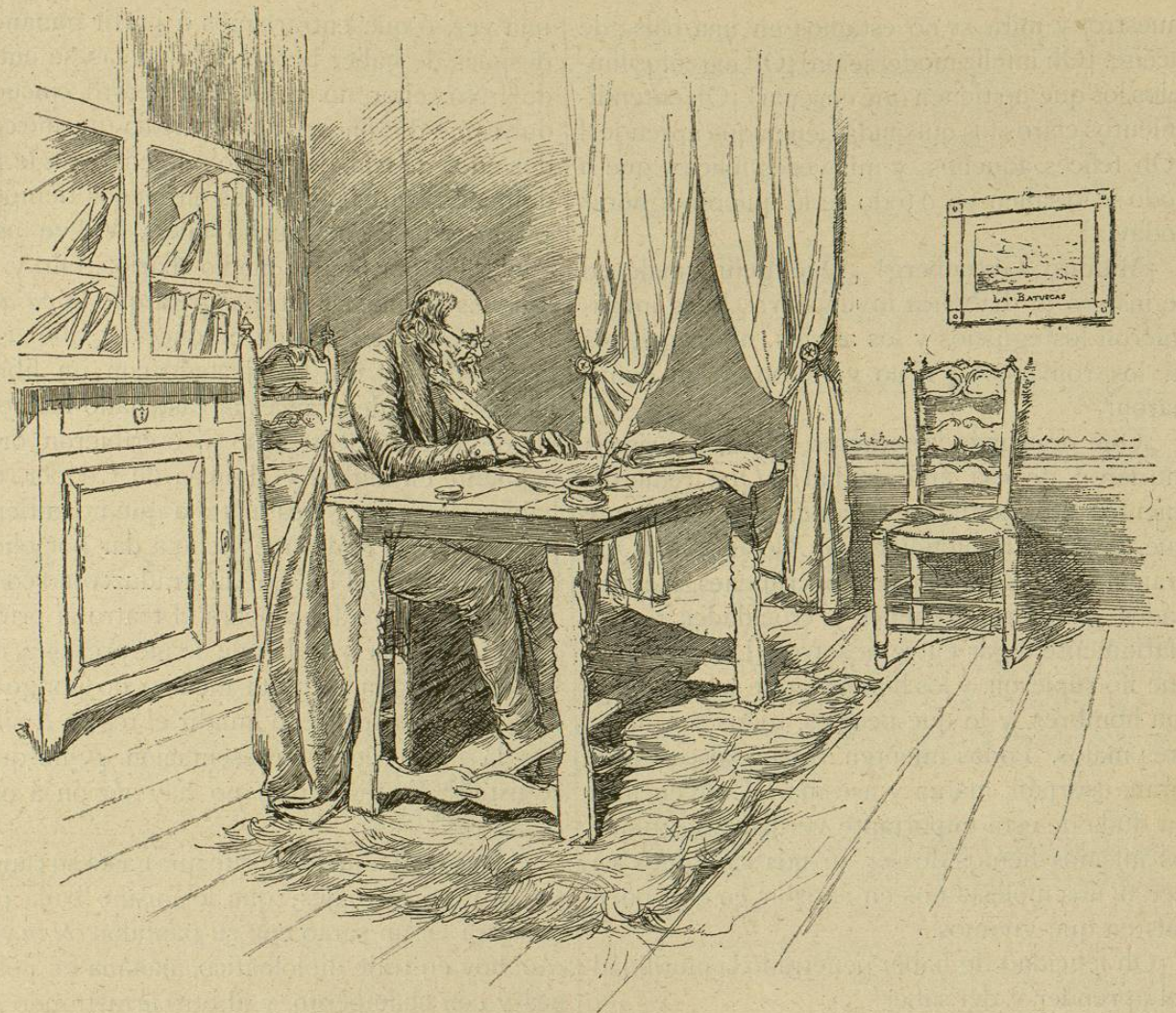


Y al paso que en la cárcel mil pobretes  
 Por un duro se mueren de ictericia,  
 Ese pasea libre de corchetes;  
 Porque es conde y señor, y aunque desquicia  
 Con su vivir el orden, insolente  
 De las leyes se burla y la justicia.  
 ¿Quién es aquella que anda entre la gente,  
 Abrumada de encajes y diamantes,  
 Que parece sultana del Oriente?  
 Esa es moza de prendas relevantes:  
 Un intendente, aunque la ves soltera,  
 Sostiene á la maldita y sus amantes.  
 Su madre, que la adiestra, hedionda, fiera,  
 Vieja, pintada y con postizo, á infame  
 Precio vendió su donceller primera.  
 ¡Y es posible! ¡qué horror! ¿no hay quien la llame  
 Por las calles á voces... *torpe y bruja*,  
 Ni hay galera en Madrid que la reclame?  
 ¿Y no quieres, Andrés, que brama y cruja  
 El látigo tendido en la cloaca  
 Que á Sodoma y Gomorra sobrepuja?  
 Pues no llueve flamígera y opaca  
 Rayos aquí una nube atronadora,  
 ¿Querrás que yo no aplique mi triaca?  
 ¿Quién es aquella cara que enamora,  
 Con el gesto mirlado, rubio el pelo,  
 Ceñido el talle y dengues de señora?  
 ¿Es hombre ó es mujer? Pisando el suelo  
 Con ademán pulido, barbilucio,  
 Gayado de colores el pañuelo,  
 En afeites envuelto, ¿ese tan lucio,  
 Tan vestido y compuesto, es algún dije  
 Que del país nos vino de Confucio?  
 Pues aqese es un hombre; un año exige  
 Su tocado al espejo; á ese bonito  
 Le ampara protector, si es que nos rige  
 La voz pública, Andrés, un... pero ¡chito!  
 Huye, conmigo, Andrés; antes nos vamos,  
 Que trague tanto crimen el Cocito.  
 ¿Qué haremos por acá los que ignoramos  
 El fraude, y la lisonja, y la mentira,  
 Y los que por orgullo no adulamos?  
 Vibrar no sé para adular mi lira,  
 Ni aguantar supe nunca humillaciones;  
 La voz entonces de mi labio espira.  
 ¿Qué suerte haré yo aquí con mis renglones,  
 Yo que el humo jamás echo á ninguno  
 Del incienso vertido en mis borrones?  
 ¿Yo que no tengo el diálogo oportuno  
 De Inarco, ni su sal para la escena,  
 Ni el aura injusta y popular de alguno?  
 Aunque haga una comedia mala ó buena,  
 Si no entiendo del teatro las intrigas,  
 ¿Cuándo á pública luz saldrá mi vena?  
 Si no tengo allá dentro un par de amigas,  
 Y no adulo el cortejo que las paga,  
 Serán de mis comedias enemigas.  
 ¿He de alabar á un necio que se traga  
 Como agua la alabanza no adquirida,  
 Aunque el papel destroce ó lo deshaga?  
 ¿O he de sufrir, en fin, cuando aplaudida  
 Mi comedia enriquezca el escenario,  
 Que mil reales me den? No, por mi vida.  
 ¿Pido limosna acaso, ó perdulario

Coplero soy de esquina por ventura?  
 ¿Y eso ha de producirme el incensario,  
 Y el quemarme las cejas? ¡Qué locura!  
 Cómanse con el resto ese dinero,  
 O al hospital lo den para una cura.  
 ¡No hay vates! gritarán, ¡en lastimero  
 Estado el teatro está!... Dime ¿los vates  
 Se mantienen de versos, majadero?  
 ¿O no hay más que zurcir seis disparates  
 Para granjear aplauso? ¿hacer escenas  
 Tan fácil es como decir dislates?  
 ¿Y quién protege las comedias buenas?  
 ¿Los señores acaso? ¿El...? ¡Vive el cielo!  
 ¡Y las oyen tal vez á duras penas!  
 Mal haya para siempre el torpe suelo  
 Donde el pícaro sólo hace fortuna;  
 Donde vive el honrado en desconsuelo;  
 Donde es culpa el saber; donde importuna  
 La ciencia, y donde el genio perseguido  
 Ahogados mueren en su propia cuna;  
 Donde no es otro mérito atendido  
 Que el oro; donde al mísero atropella  
 El coche de un bribón vano y henchido;  
 Donde en millones nada, por su estrella,  
 Quien al pueblo los roba desangrado  
 En un destino que le dió una bella;  
 Donde al ciento por ciento da prestado,  
 Sin que nadie lo mate, un usurero,  
 Y vive rico, alegre y respetado;  
 Donde el abate, aquel farandulero,  
 Que mudó de opinión cual de camisa,  
 Lleva su moza al Prado de bracerío;  
 Donde marcha la faz bañada en risa,  
 El crimen descarado, alta la frente,  
 Corrompiendo el terreno por do pisa...  
 ¿Y esto es vivir, Andrés? ¿Y entre esta gente  
 Me invitas á quedarme? ¿Por qué indicio  
 Pudiste sospechar que esté demente?  
 Viva aquí el abogado que en su oficio  
 Hace blanco lo negro, y que defiende  
 La virtud ofendida como el vicio.  
 Y el médico aquí viva, que se entiende  
 Con algún boticario, y nos receta  
 Drogas que á medias con aquel nos vende.  
 Mas yo, que soy un mísero poeta,  
 Antes que por decir verdades claras  
 En un encierro un alguacil me meta,  
 Y me cuesten mis sátiras más caras,  
 O en el hospicio muera miserable,  
 Quiero del riesgo huir doscientas varas:  
 Que ni es lícito hablar, donde intratable  
 Pone á la lengua una mordaza el miedo,  
 Y ¡ay del primero que rompiéndola hable!  
 A Dios te queda, Andrés, que ya no puedo  
 Tanta bilis sufrir, ni tanta ira,  
 Y ¡ay de mí, triste, si á verterla quedo!  
 Que si Apolo su fuego no me inspira  
 Para hacer buenos versos contra el vicio,  
 Sabrá mi indignación templar mi lira.  
 Y mientras que huyo el riesgo á su ejercicio,  
 Viva en la corte el que aguantarle sabe,  
 Y el que de embrollos gusta y de bullicio,  
 Viva en la corte, y que la corte alabe.

*El bachiller don Juan Pérez de Munguía.*



## CARTA A ANDRÉS

ESCRITA DESDE LAS BATUECAS POR EL POBRECITO HABLADOR

(ARTÍCULO ENTERAMENTE NUESTRO)

De las Batuecas este año que corre.

«Rómpanse las cadenas que embarazan los progresos; repruébense los estorbos, quítense los grillos que se han fabricado de los hierros de dos siglos...»  
*M. A. Gándara. Apuntes sobre el bien y el mal de este país.*

ANDRÉS MÍO:

Yo pobrecito de mí, yo bachiller, yo batueco, y natural por consiguiente de este inculto país, cuya rusticidad pasa por proverbio de boca en boca, de región en región, yo hablador, y careciendo de toda persona dotada de chispa de razón con quien poder dilucidar y ventilar las cuestiones que á mi embotado entendimiento se le ofrecen y le embarazan, y tú cortesano y discreto!!! ¡Qué de motivos, querido Andrés, para escribirte!

Ahí van, pues, esas mis incultas ideas, tales cuales son, mal ó bien compaginadas, y derramándose á borbotones, como agua de cántaro mal tapado.

«¿No se lee en este país porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee?»

Esa breve dudilla se me ofrece por hoy, y nada más.

Terrible y triste cosa me parece escribir lo que no ha de ser leído; empero más ardua empresa se me figura á mí, inocente que soy, leer lo que no se ha escrito.

¡Mal haya, amén, quien inventó el escribir! Dale con la civilización, y vuelta con la ilustración. ¡Mal haya, amén, tanto achaque para emborronar papel!

A bien, Andrés mío, que aquí no pecamos de ese exceso. Y torna los ojos á mirar en derredor

nuestro, y mira si no estamos en una balsa de aceite. ¡Oh infeliz moderación! ¡Oh ingenios limpios los que no tienen que enseñar! ¡Oh entendimientos claros los que nada tienen que aprender! ¡Oh felices aquellos, y mil veces felices, que ó todo se lo saben ya, ó todo se lo quieren ignorar todavía!

¡Maldito Gutenberg! ¿Qué genio maléfico te inspiró tu diabólica invención? ¿Pues imprimieron los egipcios y los asirios, ni los griegos ni los romanos? ¿Y no vivieron, y no dominaron?

¿Que eran más ignorantes, dices? ¿Cuántos murieron de esa enfermedad? ¿Qué remordimientos atormentaron la conciencia del Omar que destruyó la biblioteca de Alejandría? ¿Que eran más bárbaros, añades? Si crímenes, si crueldades padecían, crímenes y crueldades tienen diariamente lugar entre nosotros. Los hombres que no supieron, y los hombres que saben, todos son hombres, y lo que peor es, todos son hombres malos. Todos mienten, roban, falsean, perjuran, usurpan, matan y asesinan. Convencidos sin duda de esta importante verdad, puesto que los mismos hemos de ser, ni nos cansamos en leer, ni nos molestamos en escribir en este buen país en que vivimos.

¡Oh felicidad de haber penetrado la inutilidad del aprender y del saber!

Mira aquel librero ricachón que cerca de tu casa tienes. Llégate á él y dile: «¿Por qué no emprende usted alguna obra de importancia? ¿Por qué no paga bien á los literatos para que le vendan sus manuscritos?— ¡Ay señor! te responderá. Ni hay literatos, ni manuscritos, ni quien los lea: no nos traen sino folletitos y novelicas de ciento al cuarto: luego tienen una vanidad, y se dejan pedir... No señor, no.— Pero ¿no se vende?—¿Vender? Ni un libro: ni regalados los quiere nadie; llena tengo la casa... ¡Si fueran billetes para la ópera ó los toros...!»

¿Ves pasar aquel autor escualido de todos conocido? Dicen que es hombre de mérito. Anda y pregúntale: «¿Cuándo da usted á luz alguna cosita? Vamos...—¡Calle usted por Dios! te responderá furioso como si blasfemasen; primero lo quemaría. No hay dos libreros hombres de bien. ¡Usureros! Mire usted: días atrás me ofrecieron una onza por la propiedad de una comedia extraordinariamente aplaudida; seiscientos reales por un Diccionario manual de Geografía, y por un Compendio de la historia de España, en cuatro tomos, ó mil reales de

una vez, ó que entraríamos á partir ganancias, después de haber hecho él las suyas, se entienda!!! No señor, no. Si es en el teatro, cincuenta duros me dieron por una comedia que me costó dos años de trabajo, y que á la empresa le produjo doscientos mil reales en menos tiempo; y creyeron hacerme mucho favor. Ya ve usted que salía por real y medio diario. ¡Oh! y eso después de muchas intrigas para que la *pasaran y representarán*. Desde entonces, ¿sabe usted lo que hago? Me he ajustado con un librero para traducir del francés al castellano las novelas de Walter Scott, que se escribieron originalmente en inglés, y algunas de Cooper, que hablan de marina, y es materia que no entiendo palabra. Doce reales me viene á dar por pliego de imprenta, y el día que no traduzco no como. También suelo traducir para el teatro la primer *piececilla* buena ó mala que se me presenta, que lo mismo pagan y cuesta menos: no pongo mi nombre, y ya se puede hundir el teatro á silbidos la noche de la representación. ¿Qué quiere usted? En este país no hay afición á esas cosas.»

¿Conoces á aquel señorito que gasta su caudal en tiros y carruajes, que lo mismo baila una mazurca en un sarao con su pantalón *colán* y su *clac*, hoy en traje diplomático, mañana en polainas y con chambergo, y al otro arrastrando sable, ó en breve chupetín, calzón y faja? Mil reales gasta al día, dos mil logra de renta; ni un solo libro tiene, ni lo compra, ni lo quiere. Pues publica tú algún folleto, alguna comedia... Prevalido de ser quien es, tendrá el descaro de enviarte un gran lacayo aforrado en la magnífica librea, y te pedirá prestado para leerlo, á tí, autor que de eso vives, un ejemplar que cuesta una peseta. Ni con eso se contenta: darálo á leer á todos sus amigos y conocidos, y por aquel ejemplar leerálo toda la corte, ni más ni menos que antes de descubrirse la imprenta, y gracias si no te pide más para regalar. Pregúntale: «¿Por qué no se suscribe á los periódicos? ¿Por qué no compra libros, ni fiados siquiera?—¿Qué quiere usted que haga? te replicará, ¿qué tengo que comprar? Aquí nadie sabe escribir; nada se escribe: todo eso es porquería.» Como si de coro supiera cuantos libros buenos corren impresos.

Por allá cruza un periodista... Llámale, grítale: «¡Don Fulano! Ese periódico, hombre, mire usted que todos hablan de él de una manera...—¿Qué quiere usted? te interrumpe; un redactor ó dos tengo buenos, que no es del caso

nombrar á usted ahora; pero los pago poco, y así no extraño que no hagan todo lo que saben: á otro le doy casa, otro me escribe por la comida...—¡Hombre! ¡Calle usted!— Sí señor; oiga usted, y me dará la razón. En otro tiempo convoqué cuatro sabios, díles buenos sueldos; redactaban un periódico lleno de ciencia y de utilidad, el cual no pudo sostenerse medio año; ni un cristiano se suscribió; nadie lo leía; puedo decir que fué un secreto que todo el mundo me guardó. Pues ahora con eso que usted ve estoy mejor que quiero, y sin costarme tanto. Todavía le diría á usted más... Pero... Desengañese usted, aquí no se lee.—Nada tengo que replicar, le contestaría yo, sino que hace usted lo que debe, y llévase el diablo las ciencias y la cultura.»

Lucidos quedamos, Andrés. ¡Pobres batuecos! La mitad de las gentes no lee porque la otra mitad no escribe, y esta no escribe porque aquella no lee.

Y ya ves tú que por eso á los batuecos ni nos falta salud ni buen humor, prueba evidente de que entrambas ninguna falta nos hacen para ser felices. Aquí pensamos como cierta señora, que viendo llorar á una su parienta porque no podía mantener á su hijo en un colegio, «Calla, tonta, le decía: mi hijo no ha estado en ningún colegio, y á Dios gracias bien gordo se cría y bien robusto.»

Y para confirmación de esto mismo, un diálogo quiero referirte que con cuatro batuecos de estos tuve no há mucho, en que todos vinieron á contestarme en sustancia una misma cosa, concluyendo cada uno á su tono y como quiera.

«Aprenda usted la lengua del país, les decía, coja usted la gramática.

—»La *parda* es la que yo necesito, me interrumpió el más desembarazado con aire zumbo y de chulo, fruta del país: lo mismo es decir las cosas de un modo que de otro.

»Escriba usted la lengua con corrección.

—»¡Monadas! ¿Qué más dará escribir *vino* con *b* que con *v*? ¿Si pasará por eso de ser vino?

»Cultive usted el latín.

—»Yo no he de ser cura, ni tengo de decir misa.

»El griego.

—»¿Para qué, si nadie me lo ha de entender?

»Dése usted á las matemáticas.

—»Ya sé sumar y restar, que es todo lo que puedo necesitar para ajustar mis cuentas.

»Aprenda usted física. Le enseñará á conocer los fenómenos de la naturaleza.

—»¿Quiere usted todavía más fenómenos que los que está uno viendo todos los días?

»Historia natural. La botánica le enseñará el conocimiento de las plantas.

—»¿Tengo yo cara de herbolario? Las que son de comer, guisadas me las han de dar.

»La zoología le enseñará á conocer los animales y sus...

—»¡Ay! ¡Si viera usted cuántos animales conozco ya!

»La mineralogía le enseñará el conocimiento de los metales, de los...

—»Mientras no me enseñe dónde tengo de encontrar una mina, no hacemos nada.

»Estudie usted la geografía.

—»Ande usted, que si el día de mañana tengo que hacer un viaje, dinero es lo que necesito, y no geografía; ya sabrá el postillón el camino, que esa es su obligación, y dónde está el pueblo á donde voy.

»Lenguas.

—»No estudio para intérprete: si voy al extranjero, en llevando dinero ya me entenderán, que es la lengua universal.

»Humanidades, bellas letras...

—»¿Letras? de cambio: todo lo demás es broma.

»Siquiera un poco de retórica y poesía.

—»Sí, sí, venga usted con coplas; ¡para retórica estoy yo! Y si por las comedias lo dice usted, yo no las tengo de hacer: traducidas del francés me las han de dar en el teatro.

»La historia.

—»Demasiadas historias tengo yo en la cabeza.

»Sabrá usted lo que han hecho los hombres...

—»¡Calle usted por Dios! ¿Quién le ha dicho á usted que cuentan las historias una sola palabra de verdad? ¡Es bueno que no sabe uno lo que pasa en casa!»

Y por último concluyeron: «Mire usted, dijo el uno, déjeme usted de quebraderos de cabeza; mayorazgo soy, y el saber es para los hombres que no tienen sobre qué caerse muertos.—Mire usted, dijo otro, mi tío es general, y ya tengo una charretera á los quince años; otra vendrá con el tiempo, y algo más, sin necesidad de quemarse las cejas; para llevar el chafarote al lado y lucir la casaca no se necesita mucha ciencia.—Mire usted, dijo el tercero, en mi familia nadie ha estudiado, porque las gentes de